

ANTONIO GIL

CABO FRÍO



ANTONIO GIL nació en la viña El Rincón, a orillas de Santiago, en 1954. Estudió en el Instituto de Humanidades Luis Campino y en la Universidad de Chile. Ha publicado los libros de poesía *Los lugares habidos* (1982), *Cancha rayada* (1985) y *Mocha Dick* (2006). Escribe semanalmente en algunos medios de prensa chilenos.

Su obra novelística comenzó con *Hijo de mí* (1994), *Cosa mentale* (1996) y *Mezquina memoria* (1999), reunidos en el volumen *Tres pasos en la oscuridad* (2009) de la Reserva de narrativa chilena de Sangría Editora, y luego siguió con *Circo de pulgas* (2003), *Las playas del otro mundo* (2004), *Cielo de serpientes* (2008), *Carne y Jacintos* (Sangría, 2010), además de *Retrato del diablo* (Sangría, 2012; Premio Altazor 2013 a la mejor obra literaria la categoría de narrativa) y *Apache* (Sangría, 2014).

RELACIONES INSTANTÁNEAS, 2

© Antonio Gil Íñiguez

International Standard Book Number: 978-956-8681-XX-X

© Derechos reservados para esta edición:

2014, SANGRÍA EDITORA

Las Torcazas 103, departamento 604, Las Condes, Santiago de Chile

www.sangriaeditora.com

sangriaeditora@gmail.com

Aunque adopta la mayoría de los usos editoriales del ámbito hispanoamericano, SANGRÍA EDITORA no necesariamente se rige por las convenciones de las instituciones normativas, pues considera que –con su debida coherencia y fundamentos– la edición es una labor de creación cuyos criterios deben intentar comprender la vida y pluralidad de la lengua.

Edición al cuidado de Carlos Labbé, Mónica Ríos y Martín Centeno.

Diagramó el libro Carlos Labbé.

El diseño de colección fue realizado por Sangría Editora.

Edición digital de agosto de 2014.

Permitimos la reproducción parcial de este libro sin fines de lucro, para uso privado o colectivo, en cualquier medio impreso o electrónico. Si necesitas una reproducción íntegra por favor comunícate con los editores.

En el Tissot de su muñeca, que se atrasaba un poco, eran las doce siete de la noche y Traben, pasándose la mano por el pelo ya escaso, torció con desgano hacia el pasaje oscuro señalado por esas pequeñas lucecitas azules que se asomaban en el suelo entre el pasto crecido. Detrás, allá en el frontis que daba a la calle Warnes, escritas en letras de neón se leían dos palabras: Cabo Frío. El pasadizo olía a vinagre y a cerveza rancia como en todos los patios o trastiendas semejantes que podía recordar, exceptuando quizá la Casa de los Búhos en Punta del Este y su raro ensamblaje de queroseno, motores Mercury recalentados y sal. O aquel vaho a habano que lo impregnó la noche en que perdió diez mil seiscientos treinta y seis dólares contra Amarillo Slim en Centralia. «No busco a un contrincante perdedor, busco a un campeón para hacerlo un perdedor», le dijo Amarillo a Traben en esa fábula suya que, de tanto repetirla aquí y allá, terminó convirtiéndose en cierta.

Esbozando una sonrisa inclasificable, entre la resignación y el hastío, apartó como a una mosca de su mente la sombra que le llegó de repente: no era que su mundo hubiese cambiado, evolucionado, mutado, o lo que ustedes quieran. Se había ido directamente al carajo y ya. Muchos años sin jugar le habían mellado el filo y lo sabía. Ya no estaba seguro de ser ese jugador tricky que hacía jugadas inesperadas y variaba su juego, apostando fuerte con una tirada mediocre o blufando con sus mejores manos, lo que lo convirtió siempre en un oponente casi imposible de predecir. Como el surazo.

Unos cincuenta metros lo separaban de la puerta verde y del tapete verde y de ese tono verde que predominaba en los rostros de los jugadores, exceptuando a los que usaban bronceador instantáneo o tierra india.

En el segundo ojo de gato azul recordó que el estrés está en la naturaleza del juego y que es imposible evitarlo. Sólo se aprende a convivir con él. Masticó tres pastillas de Noox y la boca se le llenó de una amargura familiar, áspera, mientras se calaba los anteojos oscuros. Había engordado. Los jeans le molestaban por debajo del ombligo y debía llevar desabrochado el cuello de su camisa Hilditch Key. No cruzaba. Ya pestañaba la tercera lucecilla mortecina cuando Traben recordó que un día como ese -2 de agosto, pero de 1876-, en el saloon Nuttal & Mann's número 10 de Deadwood,

James Butler Hickock, más conocido como Wild Bill, estaba sentado jugándose una mesa bastante dura cuando un hijo de la gran puta llamado Jack Crooked Nose McCall se puso detrás y le taladró la nuca con la Colt. Wild Bill cayó sin soltar las cartas, atezadas entre sus dedos: una doble pareja de ases y ochos, que se conocería desde entonces como «la mano del muerto». La mala suerte químicamente pura, pensó Traben, mirando los pequeños insectos que se arremolinaban en torno a la minúscula luz azul que vacilaba entre los dientes de león y el césped bermudas sin recortar; un mal presagio que, para dejar atrás, lo llevó a imaginar que los cinco puntos de luz azul eran el flop, es decir las tres primeras cartas que el tallador muestra boca arriba en la mesa para que los jugadores continúen con las apuestas. La siguiente luz sería entonces el turn y por último el river. Las pastillas comenzaban ya a cosquillearle su efecto en el cuero cabelludo de la nuca. Palpó la billetera poco abultada en el bolsillo trasero del pantalón donde iba el bankroll, esa cantidad de dinero que un jugador dispone para jugar.

Traben había vivido ya largo rato del lado malo de la escopeta, y francamente no tenía demasiadas esperanzas de que eso cambiara aquella noche calurosa, húmeda, en un garito perdido en el cuarto de los doce anillos que forman la ciudad alzada en lo que alguna vez fuera llamado Las Llanuras del Grigotá.

Traía todavía en la piel un leve tufo a encierro. Esa tarde en la Plaza San Pedro había tomado contacto con una mujer a la que apodaban La Judía, la misma que por cien dólares organizaba insólitos tours al Panóptico. Lejos de ser turístico, el interés de Traben tenía por motivo una breve visita a un chileno que, por tirar demasiado del elástico, había caído en la buchaca hacia años y ahora se dedicaba a “cocinar” en su celda-laboratorio, por la misma que pagaba mil quinientos dólares de alquiler mensual al alcaide; su especialidad era un polvo reconocido por las mejores narices como el más fino y poderoso del mundo. Ese era su hobby, su capricho, su orgullo de chef de nivel mundial y su placebo de libertad. Traben le dejó de regalo un galón de Glenfiddich, cinco cartones de Marlboro, un par de noticias –inventadas– de su familia en Alcones y se trajo, junto a un punzante sentimiento agridulce, un tubo de ensayo con diez gramos de Pink Panther, el producto estrella –elaborado tras los muros del presidio más loco del planeta– por esta superestrella de la nouvelle chimique.

Regresó de Palmasola en un taxi Volkswagen escarabajo manejado por una especie de zombi que lo dejó en Equipetrol. Ya en el hotel necesitó una larga ducha para quitarse de encima algo de ese olor indescriptible. No, no era un olor; era más bien una sensación que

tendía a volverse olfativa sin serlo; un sentimiento vago que se convertía en una tonalidad nauseabunda repleta, abigarrada de otros, muchos otros en medio de cierta soledad que apestaba a una mala mano repetida hasta el infinito. Botó los diez gramos de polvo blanco, ligeramente rosa, al excusado y tiró de la cadena. Eso nunca fue lo suyo, pero tampoco era amigo de hacer desaires.

De pronto el patio de servicio del Cabo Frío se volvió infinitamente largo, y la hebilla del cinturón, la herradura tejana de plata que se le incrustaba en el bajo vientre, volvió aun más cruel el vía crucis de Traben hacia la puerta verde –allá, sí, allá, sí, allá– cada vez más remota. El Noox le había erizado los pelos de la nuca y entumecido las manos, pese al calor, que en ese lugar –como sabemos– amaina en ocasiones muy raras y desconcertantes, sin dar aviso. El Tissot PRC 200 apenas había avanzado tres minutos cuando una nueva mano de luciérnagas artificiales, azules, tenues, le enmarcó a ras de suelo el camino a la puerta verde alzada sobre un porche de estilo Nueva Orleans, made in China. La concha de su madre, parece que ya hemos blufado bastante, se dijo, y la vida, la vida ahora está pagando por ver. Traben sabía reconocer a tiempo cuándo estaba experimentando un pre estado de Tilt, esa confusión mental provocada por una estrategia desfavorable y que vuelve la conducta de quien la sufre cada vez más agresiva. Algo parecido al Vapor,

aunque sin ese furor clásico que caracteriza al temible estado de Stream. Intentando calmarse trastabilló unos metros más, con la noche cada vez más espesa y pesada sobre su cabeza; una noche enaltdada hacia profundidades aterradoras, la oscuridad de un túnel por donde avanzó bajo la Vía Láctea, rumbo a la escalerilla que subía hacia la puerta lejana, con sus evocaciones todavía más remotas del Barrio Francés. Olor a atún. O a surubí. Y esas inexplicables luces azules saliendo de entre el pasto como las falsas brasas de los cigarrillos electrónicos. Golpearía cinco veces con los nudillos, la palma vuelta hacia fuera como siempre. Y escucharía el descorrer del cerrojo y el discreto chirrido de la puerta plástica estilo Sur Profundo al abrirse. Batió el frasco junto a su oreja. Quedarían seis o siete pastillas de Noox, calculó enarcando las cejas como haría un músico que afina su instrumento. La gravilla del suelo crujía bajo la suela gastada de sus Crockett & Jones. Podía sentir perfectamente la distancia que mediaba entre la tierra y las plantas de sus pies –Traben pertenecía a esa raza de hombres que miden la vida en cuartas, en pulgadas; aquellos que pueden leer un informe climático en los gestos más vagos y prever los cambios atmosféricos en un toque de mejilla o un pestañeo levísimo–; la tierra estaba muy cerca de su piel allá, bajo sus viejos y caros zapatos hechos a medida. Y eso lo inquietaba. El destino estaba a punto de pagar por

ver, lo sabía. Pero le estaba jugando lento. Y no hace falta ser Doyle Brunson para entender que un juego lento es la táctica diametralmente opuesta al bluff. Masticó otras tres pastillas de nootropinol, las cuales le recordaron de golpe que el sabor amargo resulta desagradable sólo a causa de nuestra atávica necesidad de sobrevivir, evitando para eso los envenenamientos; la mayoría de los venenos son amargos. Y entre este regusto y la negrura apareció en su pantalla mental el rostro de Leila, que en árabe significa noche oscura. Leila F, cigarrera en el casino de esa ciudad conocida por algunos como La Estrellita del Sur, se proyectó en la memoria de Traben como un perfil desenfocado, crudo, desnudo, que Traben inmediatamente cubrió con un collage de otros rostros: Adolfo Soboski viniendo a él con su camisa de nylon y un vaso de whisky en cada mano; el Yayo Fritis manejando su camioneta frente a una playa con palmeras; la visión del ir y venir de gente por una calle insolada. Otra vez el negror inundó la realidad y, respirando hondo, se allegó hasta la escalera donde las minúsculas balizas azules terminaban su recorrido caprichoso entre la hierba. La manecilla larga del Tissot había corrido apenas un par de espacios en la esfera. Traben se pasó la mano por el pelo ralo y pisó el primer peldaño, que rezongó como si lo despertaran. Cabo Frío, recordó, es una playa de arena fina y blanca que al carecer de mica nunca se calienta, por lo que se puede

caminar sobre ella sin quemarse los pies. Al terminar este pensamiento como un rezo memorizado ya estaba martillando la puerta verde con los cuatro nudillos y la palma hacia fuera. Esperó. Volvió a golpear, cinco veces. Nadie vino, ni sonó cerrojo alguno. Adentro reinaba el silencio, mientras desde lejos llegaban los compases partidos de un porro colombiano.

Cabo Frío era todo lo contrario a Centralia, pensó Traben. Fue en 1962 cuando el incendio de un basurero se extendió por el subsuelo del poblado, alcanzando así una veta de carbón bajo sus casas y calles. Los bomberos apagaron el fuego de la superficie, pero el carbón siguió quemándose indefinidamente bajo el suelo hasta que la ciudad debió ser casi completamente evacuada. El día en que Traben llegó a Centralia, manejando por la carretera 61 de Pensilvania un Falcon verde alquilado, la población se había reducido a doce personas. Una de ellas era Amarillo Slim, desaparecido del mundo y refugiado en ese infierno tras de ser acusado de abusar sexualmente de su nieta. Traben condujo lentamente por la ciudad fantasma, entre sus fumarolas y pavimentos quebrados.

Volvió a golpear la puerta y luego acercó su oreja a la inmutable hoja verde. Un silencio cósmico reinaba del otro lado. Masticó dos Noox muy lentamente. Y luego otro. ¿Cuándo imaginó a Centralia como escenario de su encuentro con el mítico y pedófilo Amarillo Slim?

¿Cómo podría recordar tantos detalles de ese hecho si en realidad nunca hubiese ocurrido? Stephen King dijo alguna vez que la única razón por la que una persona imagina una historia es porque a través de ella puede entender el pasado y prepararse para su muerte; tentó apartar ese pensamiento con el viejo truco del álbum de fotos. Para su mala suerte sólo logró traer el rostro de Leila F, cigarrera del casino: devastadora, desnuda, con su pubis negrísimo como la noche. Imágenes crudas y magulladas, en blanco y negro, que cruzaban como torbellino su cabeza. Golpeó otra vez. Había llamado por teléfono al Turco y la partida estaba acordada para la una menos quince de la madrugada. Miró buscando un número en la pared, algún timbre. Le habían dicho que sí. Que a la una menos quince. Lo habían citado en el fondo de ese patio de faenas del Cabo Frío. Volvió a manejar en sus recuerdos por Centralia, esquivando los géiser que se alzaban por aquí y por allá con sus cráteres inexplicables, en procura del viejo tahúr con sombrero de cowboy –del cual sobresalía, amenazadora, la cabeza de una serpiente cascabel disecada y puesta como cinto. Centralia quemaba los pies a través de los zapatos, todo lo contrario de lo que sucede en las blancas playas de Cabo Frío, pensó Traben. Pero ahora no estaba en ninguno de los dos lugares, sino en el patio de servicio de un bar, golpeando una puerta que nadie abría.

Estaba a punto de llamar por última vez cuando aparecieron tres sombras desde ambos lados del pasillo y Traben cayó sobre el felpudo que decía Welcome, boca abajo, con el mismo aire displicente de quien se descarta sobre el tapete de una mano basura.

Esperó un instante, y se puso aparatosamente de pie al escuchar una voz neutra que decía:

—¿Señor Traben? ¿Está usted bien? El grupo lo espera atrás, en la cochera. ¿Señor Traben?

El Noox había encendido en él un raro entusiasmo quieto y atolondrado. Con paso vacilante siguió a las sombras, que lo llevaron a la parte trasera de la falsa fachada Mississippi. Ya no sabía qué estaba haciendo allí. Sólo recordaba retazos sueltos de sus últimas horas. Trozos de un puzzle absurdo. Su visita a Palmasola. La conversación telefónica con el Turco. El tablero encendido del Falcon deambulando por las agrietadas calles de Centralia. La inquietante irrupción de lo que él creyó —no sin motivos— la garra de los sicarios y su tenaza de fuego cruzado, ineludible. El sol de La Lisera. Tres ases en la mano. El campaneo del hielo en el vaso de Buchanan's que llegaba como un eco remoto de otro lugar del tiempo que se apagó lentamente.



PUBLICACIONES EN CHILE

Narrativas contemporáneas

1. *El arca (bestiario y ficciones de treinta y un narradores hispanoamericanos)*, compilación de Cecilia Eudave y Salvador Luis
2. *Los perplejos*, Cynthia Rimsky
3. *Segundos*, Mónica Ríos
4. *Caracteres blancos*, Carlos Labbé
5. *Carne y jacintos*, Antonio Gil
6. *La risa del payaso*, Luis Valenzuela Prado
7. *El hacedor de camas*, Alejandra Moffat
8. *Oceana*, Maori Pérez
9. *Retrato del diablo*, Antonio Gil
10. *Niños extremistas*, Gonzalo Ortiz Peña
11. *Apache*, Antonio Gil

EN PREPARACIÓN

12. *La misma nota, forever*, Iván Monalisa Ojeda
13. *Alias el Rucio*, Mónica Ríos
14. *La parvía*, Carlos Labbé
15. *Nache*, Felipe Becerra

Intervenciones

1. *Cuál es nuestro idioma*, varios autores
2. *Descampado. Sobre las contiendas universitarias*, Raúl Rodríguez Freire y Andrés Maximiliano Tello, editores
3. *Constitución Política Chilena de 1973*, propuesta del gobierno de la Unidad Popular

Monumentos frágiles

1. *La Cañadilla de Santiago. Su historia y tradiciones. 1541–1887*, Justo Abel Rosales.
Edición de Ariadna Biotti, Bernardita Eltit y Javiera Ruiz

Reserva de narrativa chilena

1. *El rincón de los niños*, Cristián Huneeus
 2. *Carta a Roque Dalton*, Isidora Aguirre
 3. *La sombra del humo en el espejo*, Augusto d'Halmar
 4. *Tres pasos en la oscuridad*, Antonio Gil
 5. *El verano del ganadero*, Cristián Huneeus
 6. *Poste restante*, Cynthia Rimsky [fuera de circulación]
 7. *Una escalera contra la pared*, Cristián Huneeus
 8. *Trilogía normalista*, Carlos Sepúlveda Leyton
 9. *Bagual*, Felipe Becerra
- EN PREPARACIÓN
10. *Escenas inéditas de Alicia en el país de las maravillas*, Jorge Millas
 11. *Pasión y muerte del cura Deusto*, Augusto d'Halmar
 12. *Singulares misericordias*, Úrsula Suárez
 13. *Libro de plumas*, Carlos Labbé

Relaciones instantáneas

1. *Manon y los conejos hacedores de papel*, Felipe Becerra
2. *Cabo frío*, Antonio Gil

Texto en acción

1. *El cielo, la tierra y la lluvia*, José Luis Torres Leiva
2. *Johnny Deep (Juanito Profundo) y la vagina de Laura Ingalls*, Alejandro Moreno Jashés
3. *Chile, logo y maquinaria*, Andrés Kalawski
4. *La amante fascista*, Alejandro Moreno Jashés
5. *Berlín no es tuyo*, Alejandro Moreno Jashés
6. *Loros negros*, Alejandro Moreno Jashés
7. *Chueca | Partir y renunciar*, Amelia Bande
8. *Art Cards | Fichas de arte*, Gordon Matta-Clark
9. *Los clásicos*, Andrés Kalawski

EN PREPARACIÓN

10. *Gastos de representación*, Alejandro Moreno Jashés
11. *Into Onto*, Annette Knol & Amelia Bande
12. *El trabajador de las verdades*, Alejandro Moreno Jashés

Ensayo

1. *Las novelas de la oligarquía chilena*, Grínor Rojo
2. *El arte agotado*, Sergio Rojas
3. *Catástrofe y trascendencia en la narrativa de Diamela Eltit*, Sergio Rojas
4. *Lo que vibra por las superficies*, Guadalupe Santa Cruz
5. *Las novelas de aprendizaje chilenas*, Grínor Rojo

UNITED STATES PUBLICATIONS

Legibilities

1. *Art Cards / Fichas de arte*, Gordon Matta-Clark
2. *El libro de la letra A / The Book of the Letter A*, Ángel Lozada
3. *La misma nota, forever*, Iván Monalisa Ojeda
FORTHCOMING
4. *La han despedido de nuevo / She was fired again*,
Claudia Hernández

Radicalities

1. *Not in Our Name. Against the US Aid to the Massacre in Gaza /
Contra la ayuda de los Estados Unidos a la masacre de Gaza*,
various authors

